

TE LLAMARÉ MUERTO

JOSÉ DE CORA

TE LLAMARÉ MUERTO

Valle-Inclán y Acevedo
en la Casa del Demonio



Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Estudio Calderón

Primera edición: febrero de 2018

© José de Cora, 2018
© de la presente edición: Edhasa, 2018
Diputación, 262, 2ª1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6321-0

Impreso en Huertas

Depósito legal: B. 30020-2017

Impreso en España

A cien mil millones

Durante el tránsito del siglo XIX al XX,
en la Casa do Demo / del Demonio
(Anllóns y Tella – Ponteceso / A Coruña),
se registran extraordinarios sucesos que nunca fueron
desmentidos ni explicados.

Sus testigos los describen en parte tal como se narra
a continuación.

Pero otros hechos permanecen ocultos en archivos
compostelanos porque en su día se consideran
indecentes y escandalosos.

Ésos también se incluyen en estas páginas,
aunque sin pruebas que los avalen.

Esperpento primero
que es segundo

I

La carta

11 días antes

Federico Mario Pandolfini

En el remite de la carta sólo figura un nombre, Pandolfini. Es suficiente información para su receptor, pero escasa si cae en manos de la bofia y algún comisario bigotudo trata de localizar en la República Argentina al tal Pandolfini que la escribe. Son manías de antiguos perseguidos, de oscurantistas y de conspiradores conjurados que Pandolfini conserva desde los duros años de la revolución de Arredondo, cuando en Córdoba todos ponen malas caras al general sublevado. En el caso de dar hoy con él, la policía sólo podría reconocerlo como médico de gran prestigio y aficionado al espiritismo, al igual que la mitad de los argentinos finiseculares del XIX. Bueno, y como buscador de potencias mediúmnicas, lo cual sí es algo más raro.

Manuel Otero Acevedo, el destinatario que acaba de recibirla en Santiago de Compostela, rompe el sobre con un abrecartas de hueso y despliega sobre la mesa los diez folios que contiene, doblados en cuarterones.

Sin fecha, ni encabezamiento, ni preámbulo, se inician así:

«Una babosa de intensa y rutilante negrura asciende por la pierna derecha de la mujer y deja tras de sí la huella del abundante espumarajo que expele sin que los aspavientos de ésta, ni sus esfuerzos por sacársela de encima, produzcan el más mínimo inconveniente al avance del animal hacia el muslo femenino. A su lado, un enorme gorila de espalda plateada acosa y manosea a su nieta, una muchacha de diecisiete años, que se refugia sin éxito en el único rincón de la cocina que está libre de muebles, mientras vuelan, caen y se rompen con estrépito los objetos de barro y porcelana que allí se acumulan. Incluso los que se guardan en la alacena salen de ella y se precipitan al suelo cuando se abren de forma espontánea las pequeñas puertas acristaladas que los protegen de la mugre y de las moscas.

»El limaco llega a los calzones de la mujer y se introduce en su sexo con suma suavidad, deslizándose húmedo en él, como penetra a la mínima presión un grasiento embutido en la tripa del cerdo. Ella gime de asco y en ese momento observa que el gorila carece de pene. El simio parece darse cuenta de que la mujer ha descubierto su mutilación. Deja de sobar a su nieta y se vuelve contra ella. Le levanta las faldas, escarba en los calzones y de su vulva le arranca la babosa que a continuación se implanta entre sus patas traseras a modo de verga, una pequeña, húmeda y casi ridícula verga. La niña respira azorada y agradece que el gorila haya mudado de interés, pero ahora cae de hinojos y lucha por culminar la expulsión de aquello que le produce sucesivas arcadas y que desconoce por completo. Mira hacia el techo para disponer en recto su garganta, y al cabo de otras dos convulsiones, sobre-

viene el vómito, y con él, el engrudo que lo provoca. Es un manojito de pelos entretejidos por el azar, un enorme gargajo ensalivado. Podría confundirse con una nueva babosa de lomo estriado, o sólo parecerlo, porque, al contrario del animal, esta nueva babaza negra y pilosa cae frente a la niña, resuena contra el suelo como una piedra y una vez allí no se mueve.

»La muchacha alarga la mano para tomar el guijarro, pero no está. Nadie ha podido hacerse con él. Simplemente, ha desaparecido. Quizá tampoco lo ha vomitado y sólo es un deseo.

»El espalda plateada* se yergue sobre sus dos patas traseras en el centro de la cocina. Exhibe orgulloso lo que le cuelga y se golpea el pecho, como acostumbran a hacer estos primates cuando anuncian su ataque, o al enorgullecerse de una victoria ante el resto de individuos**».

Otero Acevedo desvía la vista hacia la parte inferior del siguiente folio, a donde le remiten los asteriscos, y lee:

«*Es digno de ser reseñado que tanto la mujer como la muchacha jamás han abandonado esta aldea de Anllóns, en Ponteceso, y jamás, según confesión de ambas al clérigo de la parroquia, han estado ante un gorila, ni real, ni dibujado, lo cual sólo esconde una mentira, o una transmisión de conocimiento por caminos extraordinarios. En consecuencia, carecen de la información necesaria para distinguir entre esos animales el que pudiese ser un ejemplar de espalda plateada, que, como sabrás, querido amigo, son los machos adultos, el simio más grande que existe y el único en su especie que se aparee con las hembras

de su grupo, razón por la cual su miembro no necesita alcanzar tamaños sobresalientes, ya que no han de competir en ese terreno con otros machos. Cuando los jóvenes adquieren la condición de espaldas plateadas, se disgregan del grupo y viven erráticos durante un tiempo hasta que forman otra agrupación de individuos en la que ellos desempeñan los papeles de jefe guerrero, guía en sus desplazamientos y semental, circunstancias todas ellas que ambas mujeres desconocen en absoluto.

»Si logran comunicar esta descripción tan precisa al párroco de Anllóns, llamado Juan Antonio Combarro Díaz, se debe a los esfuerzos de este hombre por documentarse mediante enciclopedias y quién sabe si también, como se rumorea en la propia parroquia, por haber visto el bicho con sus propios ojos».

Y más abajo:

«**Como imaginarás, mi primer interés al conocer este relato se centra en detectar el posible fraude, pero he de decirte que tanto la complejidad de lo que se describe, como el perfil psicológico de sus protagonistas, eliminan por completo cualquier sospecha en ese sentido, aunque a ti te corresponde realizar el último diagnóstico. Apunto la posible confluencia en el mismo caso de varios aspectos que por sí solos merecerían estudio, como son alucinaciones colectivas, histeria de raíces sexuales, sugestión atávica –en el sentido estudiado por Otto Kaestner–, fenómenos que ahora llaman de *hautise* o *poltergeist*, posesión diabólica, telequinesia y tricofagia. Todo ello en medio de una gravísima alteración de los vectores espacio-

temporales, lo que nos permite intuir un acontecimiento de extraordinaria rareza que brota ahí, a tu lado. No lo dejes escapar, mi buen amigo. Cuánto daría por poder acompañarte. Un abrazo trasatlántico. Tuyo siempre, Pandolfini».

En el resto de la carta se describen otros aspectos del caso Anllóns que sumen a Acevedo en una irrefrenable inquietud, en la desazón propia del aventurero que se siente cerca de un tesoro enterrado y arde en deseos de iniciar la excavación, aunque sea valiéndose únicamente de un *Ciprianiillo* como mapa y de sus uñas como palas.

* * *

«¡Qué barbaridad! ¡Noticias gallegas llegadas desde el Virreinato del Río de la Plata! —piensa Acevedo—. Yo que me encuentro a tiro de tren y caballo de Anllóns; es decir, a menos de que una mula beba tres veces, debo esperar a que Bermúdez, un cura chiflado de Rosario, cruce cuatro palabras con el abad Combarro mientras visita a su familia en íntima pastoral de morriña gastronómica. ¡Ángela María!» Y así, al tiempo que en Galicia les vacía las artesas de todos los chorizos, cachuchas y chicharrones que le caben en la valija, o directamente en su bandullo, oye hablar de la Casa do Demo*, donde ruidos, muertos, gorilas y fantasmas se dan cita en un corro de espantos.

El capellán regresa a su templo rosarino y se lo cuenta, casi como charla intrascendente, a Federico Mario Pandolfini, alias Palito Panzudo, por ser gordo y delgado al mismo tiempo. Y éste, claro, se lo remite sin demora con la

* Casa do Demo: en castellano, Casa del Demonio. (N. del E.)

escueta firma de su apellido desnudo. Bien entendido que la tardanza sólo es la obligada por los horarios de la Mala Real Inglesa, que con sus barcos remonta el Paraná hasta llegar a Rosario, dejar pasajeros y recoger correo. Un viaje tan cómodo y hermoso que, al contrario de otros, causa tristeza cuando se llega al destino.

¿Te enteraste, Acevedito, de lo que pasa ahí a tu lado? Y no, claro que no se enteró. La noticia recorre veinte mil kilómetros para que su colega, el que pone una vela al cuerpo y otra al alma, descubra lo que tiene al lado.

Acevedo, Acevedito para su íntimo amigo rosarino, es desde hace tiempo una autoridad mundial en fantasmas y espiritismo. Sus libros pasan de mano en mano como joyas escasas y preciosas, tanto en España como en América. Y no hay otro tan joven como él que merezca ya la consideración de maestro en éstos y otros saberes, como los de su especialidad médica, la neurocirugía, un terreno abonado para estudiar también espíritus y apariciones.

—Por lo que cuenta Pandolfini —medita Acevedo tras la lectura de los folios—, la visita a Anllóns es ineludible y bien sabe él que no pienso dejar de hacerla.

II

El viaje

10 días antes

Petra Simona Carabantes-Blasco de Hüe

En Anllóns A Garga se desplazan las mesas, truenan las vigas, campan los gorilas, se abren las puertas y hasta vuelan las patatas. Y sexo, mucho sexo donde en apariencia nada lo atraiga. Algo sucede en una casa de la aldea que se alteran las leyes comunes. Y al ser así de claro y contundente el relato de tanta descompostura, no cabe más solución que acercarse a verla y desentrañarla. La medicina puede esperar, piensa Acevedo. El informe que le solicita el doctor Rubio y Galí para ser remitido a Chipault en París sólo está a falta de dos añadidos de última hora. De no hacerlo, Palito Panzudo –o sea, Pandolfini–, dirá con razón que está echado a perder, o que hacen mella en su ánimo las proclamas vaticanistas de Alejandro Taboada, quien acaba de despacharse a gusto contra su humilde persona tras recibir el opúsculo *¡Los muertos viven!*, de reciente publicación. Taboada se atreve a decir que es una muestra de la infame propaganda espiritista sobre espacios sidéreos, de envolturas planetarias y demás majaderías del ritual *espirituoso* con el que sorprender la buena fe de las gentes sencillas. O gracietas semejantes.

–Taboada tuvo que quedarse seco tras parir ese chiste del espiritista/espirituoso –le comenta a su amigo Ricardo Morado–. ¡Taboada está a la altura de cualquier letrista picante de El Edén Concert o del Apolo! ¿Qué sabrá este iletrado sobre envolturas planetarias?

–El memo de Taboada repite lo mismo que Victoriano Guisasola cuando me escupe a la jeta que reza todas las noches para cortar los lazos que me vinculan con sectas de perdición. ¡Sectas de perdición! ¡Jamás he estado tan solo! ¡Tú lo sabes, Ricardo! Con todo lo que me dedican, agradecido quedo de que tan ilustres pensadores se ocupen de salvar mi espíritu allankardiano, aunque el fin que les guía no sea precisamente para darle brillo, sino para desgajarlo de mi cuerpo y entregar éste al cuidado de verdugos y dulces manicuras como las del mandarín. ¡Estos católicos van a acabar con los últimos atisbos de raciocinio que me quedan! ¡Se pasan media vida rezándoles a los muertos y a los santos que también lo están; y, cuando alguien se los pone delante de verdad, lo tratan de hereje y de bicho desalmado! Eso sí, Taboada tiene el buen gusto de señalarme a un mismo tiempo como autor del texto maldito y como egresado de la universidad compostelana, y no sé si con ello quiere hacerme el feo a mí, al libro, o al magnífico rector de Santiago.

–Yo no les haría el más mínimo aprecio, Acevedo. Ni al civil Taboada, ni al eclesiástico Guisasola.

–Ni yo se lo hago, pero a veces te enciendes ¡y tiembla el misterio!

* * *

Por dar razón a quienes lo ven en sectas, Otero Acevedo, alias Acevedito, para los más íntimos, y el Voltaire de Pontecures, para los menos, prefiere realizar el viaje a An-

llóns con otra persona. Pero dentro del ámbito municipal de Santiago sólo hay un hombre capaz de dejarlo todo y acompañarle los días que sean necesarios. Y ése no es otro que su amigo Ramón José Simón Valle Peña, aunque el susodicho insiste en rescatar el apellido de un antepasado que une el Valle de su padre a un Inclán de los inclanes asturianos de Pravia, y de cuyo resultado se maravilla por su sonoridad. Ramón de Valle-Inclán, o del Valle-Inclán. No está mal traído.

A Acevedo le gustaría conquistarlo para la misión, aunque mejor le vendría hacerse con los servicios de un médium, o de un sonámbulo clarividente, porque Ramón no se deja hipnotizar ni poniéndole delante tres medallones refulgentes al pecho de otras tantas jovencitas descoloridas. En cualquier caso, él es uno de los pocos compostelanos que no se caerá de espaldas si le propone asistir a unas jornadas cinegéticas para la captura de espíritus. El escritor disfruta como pato en estanque si la conversa va de ectoplasmas y apariciones.

Quizá todo sea inútil, pues hace semanas que no lo ve y es posible que esté dominado por uno de esos enredos femeninos a los que tanta afición profesa.

—¿Sabes algo de Valle-Inclán? Sí, de Valle Peña.

—No hace falta ser un sabueso de Gascaña para seguir el rastro que deja por donde pasa, pues es notorio que siempre le acompaña un intenso perfume femenino, aunque lo que yo te pueda decir ahora mismo no será suficiente para tus requerimientos.

—Puedes imaginártelos. Quisiera hablar con él, hoy mejor que mañana.

—¿Lo ves, Acevedo? Mi información no llega a tanto.

—Me conformo con la que tengas. A donde alcance me servirá, pues sé que eres de afilado olfato.

–Por las tardes lee poemas a la oreja de una sobrina del obispo de Tui que el prelado manda hace meses a Santiago para ser instruida en músicas sacras. Y dicen que antes del quinto soneto, Valle la tiene rendida entre sus brazos, como si los versos fuesen en realidad palabras de ajonjolí. A este paso, Ramón la va a instruir en el cambio de pañales y al obispo le crecerá la familia sin saber ni cómo ni cuándo, aunque sí por dónde.

–Digámoslo sin tapujos. Ramón declama con mucho sentimiento.

Acevedo justifica así el éxito del escritor ante este amigo común del que sólo sabe que es aspirante a tuno por haber pedido el ingreso en la correspondiente de Compostela. A fuer de ser sinceros, también sabe que nace en Becerreá, por habérselo dicho él de viva voz, y que su familia posee allí sendas casas enfrentadas por la inquina de dos hermanos que se aman hasta la muerte. A su información le ayuda el hecho de haber salido sus nombres varias veces en los periódicos, con descripción de heridas, desafíos, querellas y palabras de alacrán cruzadas entre ellos. «Dos hermanos de abolengo pelean en Becerreá (Lugo)», se leía. Y al lado: «Cuba. 2000 españoles contra 23 000 norteamericanos.» ¡Carajo, Leónidas resucitado!

–Y dime, por último, ¿dónde desmaya la oreja la moza para que nuestro amigo se la endulce?

–Suelen verse en la capilla de la universidad hasta que llega el director del coro, que es quien desasna a la niña en semicorcheas. Como acuden con tiempo y nadie se imagina que los bancos de la iglesia también están hechos para acoger romances, pasan en ella dulces momentos. Y no me preguntes de quién lo sé, porque la confidencia no es de Ramón y podría molestarse si sus conquistas van de boca en boca.

–¡La iglesia de la Compañía! ¡Qué magnífico escenario para seducir a la sobrina de un obispo! Menos mal que el prelado Hüe no es jesuita de Loyola, sino de Zahara de los Atunes, y pertenece a la carcunda del cura Santa Cruz, es decir, cáscara amarga, tocino por la noche y tentetieso. Lo que se dice un alma-cangrejo. Si a esa cuerda responde su parentela, la moza ha de ser por fuerza andaluza, lo que le hará disfrutar aún más del gracioso ceceo de Ramón cuando le tintinea tetrástrofos monorrinos al borde del pabellón auditivo.

–Andaluza y jaranera, pues hasta bien entrada la tarde se ve a los tórtolos pasear por la Herradura; eso sí, aya mediante.

Esta última precisión del tuno que le informa, cuyo nombre debe quedar en las sombras por no señalar a quien acusa de amores ocultos y manipulaciones *non sanctas*, intranquiliza al armadanzas del incierto viaje. Si Valle dedica las tardes a la oreja de la mozuela y los atardeceres a estirar las piernas, piensa el de Pontecesures que posiblemente el escritor ocupe las noches en indagar el cuerpo de la obispilla y entretenido en esos disfrutes no querrá perder ni un segundo en la investigación del gorila y las patatas voladoras, como es propio imaginar de cualquier conquistador que disponga de una valiosa pieza a punto de entrar en su zurrón.

En fin. Nada pierde acercándose a la Plazuela de la Universidad para exponer al vate enamorado las ocurrencias de Anllóns, ahora que puede dar con él antes de que se acerque a sus dominios la pícara andaluza.

* * *

Acevedo llega a Mazarelos por el Tránsito de los Gramáticos, donde vive su amigo Ricardo Morado, único huésped

estable de la fonda Penelas con matrícula en la universidad y a quien la dueña, Dosinda Culebras, le prepara todos los días un surtido de cerdo con pan de centeno para que no la deje, pues dice la Culebras que una fonda de Santiago sin un estudiante dentro es como una cuadra sin vacas, que se malogra y se hunde. A Ricardo le encanta el cotejo y ya ha publicado algún soneto satírico bajo el pseudónimo de La Vaca Socrática, pues cursa Filosofía cuando no canta en los bochinches, que es para lo que ha nacido bien dotado. Para eso, y para escanciar orujos, que le ponen voz de tenor, siendo como es barítono de nacimiento.

El empedrado está húmedo y reluciente, pues, aunque no llueve a ojos vista, estamos en uno de esos días de relente y escarcha, cuando los estudiantes comprueban que sus esclavinas están empapadas sin haberse abierto las nubes y su carne es un anaco de panceta entreverada de frío y agua donde malamente van a penetrar ni el *Codex Emilianensis*, ni el *Escorialensis*, ya que, frente a las tiritonas, prima calentarse.

Acevedo tiene suerte. Ramón camina despacio frente al Instituto General y Técnico en dirección a la capilla. Hace por no llegar con pasitos de araña clueca, tres adelante, un amago de parada y dos atrás, para decir a quienes le vean que no tiene prisa, aunque por dentro se lo llevan los demonios por llegar y refunfuña una de sus particulares y exclusivas imprecaciones:

—¡Así se estrague el Tabernáculo de los Lenceros!

Que suena bien, pero a saber, rectores y catedráticos, qué centollos quiere decir con ello.

Ramón peina su abundante cabellera con raya al medio, más centrada que la de Espronceda, aunque no por ello se libra de que, al verlo, la gente recuerde la estampa del poeta almendralejense, que es una de las palabras me-

nos líricas que existen en lengua castellana. ¿Quiere parecerse a don José y a su bajel pirata? Acevedo cree que no. Lo que le pasa a Valle es que anda a la búsqueda de sí mismo y de momento se despista en las cercanías. Las gracias de su egregia molondra se complementan con un par de pupilas cristalinas y preguntonas, con las lentes ovaladas de sujeción autónoma sobre una nariz recta, pero más desparramada de lo que hubiese deseado; un bigote francés de agujas, y debajo, una perilla Van Dyke bastante desordenada todavía. Todos esos elementos deben desembocar en barbas luengas y aguileñas, como de moro, y lentes quevedos, que es el resultado apetecido de cualquier experimento sensato.

—¡Ramón!

—¡Me llama el insigne galeno y gran tunante don Otero el Acevedo! ¿Necesitáis por ventura a un virtuoso de la mandolina?

—No, te necesito a ti, y, que yo sepa, tu música sólo suena si la lees.

—O si la susurras con timbre de colibrí recolector.

—Sé que la ejecutas a la perfección cerca de tiernas orejas.

—¡Oh, qué buen amigo es éste que te reconoce en tus versos, aunque todavía no los hayas puesto negro sobre blanco, pues ando fatal de ritmo literario por culpa de otras ocupaciones mundanas! ¿Cuál es tu urgencia, entonces? La mía es una paya agitanada que pronto aparecerá por el Tránsito y a la que he de cantarle lo que tú sabes con exacta precisión, con el fin de que se abra en flor como la fruta que en México llaman la pitahaya. ¿Te das cuenta? Pitahaya, tres aes, una i latina y otra griega. El azul, una flauta y el intenso olor al azahar de cidro. Así es mi tocaya, la paya Petra Simona. ¡Una verdadera delicia!

Al escritor le zarandea esta temporada la relación existente entre las vocales, los colores y los instrumentos musicales, de acuerdo con la lectura de la obra publicada por el franchute René Ghil, pero no se lo explica. No ha lugar. Valle le advierte de que cuenta con poco tiempo para dedicarle su atención, de modo que el galeno trata de condensar las razones con las que torcer su voluntad hacia la causa de Ponteceso, y aparcar la joven carne de la gaditana hasta la vuelta de la expedición.

—Hay una casa en Anllóns A Garga donde ocurren los fenómenos más sobrenaturales, indecorosos y mefistofélicos que te puedas imaginar. Me han escrito de Rosario para avisarme de que no me pierda el espectáculo y lo investigue, claro.

—¿Desde la Argentina te avisan sobre lo que ocurre en Anllóns?

—Así es.

—¡Eso ya es milagroso por sí solo! ¿Y qué ocurre? ¿Arden las ropas de forma espontánea como sucedió en Portomeiro, ¿te acuerdas? Cuando Cesáreo Barco y Sofía Sabina Domínguez, su santa esposa, se creen rodeados por las huestes de Satán y sus hachones incendiarios al ver que las camisas vuelan en chiribitas, mientras toman leche caliente con castañas.

—¡Qué memoria, Ramón! ¡Con nombres y apellidos! No sé cómo se manifiestan esta vez los espíritus, si arden las polainas, o si cantan los cristales; pero sí me han soplado que están ahí, en plena efervescencia, y no como en Portomeiro, por medio de una mano humana. Hay objetos que vuelan y animales en celo que se desprenden de su miembro a voluntad y a la vista de dos mujeres. Es una completa barahúnda y en consecuencia opino que deberíamos hacer un breve petate y salir a la carrera...

–... como almas que lleva el Diablo.

–No se podría decir mejor.

–Mira, Otero: yo iría contigo de mil amores al encuentro de la corte infernal, pero me hallo en pleno proceso de doma, acoso y derribo con resultados hasta hoy muy satisfactorios, y cualquier alteración en el avance y desenvolvimiento de esos planes pondría en riesgo la operación, dejaría la miel sobre mis labios y me partiría en dos mi maltrecho corazón, que, como el de todos los escritores, es una válvula achacosa y ventolera. Eso sin contar que está al caer la anunciada visita del egregio René Ghil y faltarle sería tanto como darle la espalda a tu madre cuando te reclama ahogándose en una charca donde tú dominas la flotación y ella no. Vamos, un crimen.

La chica, René Ghil, la madre ahogándose, la charca... Acevedo presiente que Valle le gana el duelo en verborrea. La situación requiere de las dagas mejor afiladas y recurre a ellas.

–Parece mentira que tú, un experimentado enredador de voluntades femeninas, ignores a estas alturas que nada puede motivar más a una jovencita que verse requerida por un caballero andante enfrascado en fantásticas aventuras. ¿Y qué mayor fantasía que enfrentarse a fuerzas fantasmales y de ultratumba que le harán temblar de emoción cuando se las describas? Un estremecimiento que sólo podrá calmar arrojándose a tus brazos para que la acaricies y así desaparezca la inquietud que tu propio relato le ha causado. Tú serás principio y fin de sus palpitaciones, el bálsamo adecuado para la herida por ti abierta, el aceite de Aparicio que todo lo cura.

–¡Ay, Oterito! Me vuelves la chola del revés y ya no anda uno muy católico como para darle a la bola más alimentos de las regiones siderales que los justos y necesarios

para malrimar dos sonetos, o vislumbrar el enredo de una comedia con personajes simbólicos y metafísicos.

–No me digas que no ansías estar en Anllóns. Y lo que será más productivo para ti, volver de allí con la cabeza llena de horripilantes sucesos que erizan el vello de quienes los escuchan. Historias que cuentan con el respaldo de haber ocurrido, como la batalla de las Termópilas, o la noche negra de Otumba. ¡Y tú en medio de ellas!

–A ver... ¿Cuántos días perderíamos de picos pardos con los espíritus?

–Cinco, a lo sumo una semana. Te lo juro. Yo tampoco puedo despistarme por más tiempo de la universidad. Me espera un informe para Antony Chipault que me encarga Rubio, y con la tuna también tengo varios compromisos ineludibles; discursos, banquetes... Si finalmente viene Ghil a verte, deja encargo para que te telegrafíen. Avisado por la mañana, estarás por la tarde en Santiago, e incluso en Pontevedra. Hoy no hay distancias, Ramón. Es ir y volver, la carrera de un galgo cojo. Una oportunidad así no se nos va a presentar otra vez en la vida. Imagínate que estamos en medio de esa tormenta de acontecimientos. ¡Serás el único escritor que lleve a sus páginas la verdad de unos fenómenos que trasgreden las leyes físicas! ¡Lo que más te gusta! Y si descubrimos que son un fraude, mejor que mejor.

–No sé por qué lo dices. Ni que uno anduviese con las trolas de taberna en tertulia.

–Ni yo tampoco lo sé. Será por animarte.

–¿Y dónde dejo yo mi imaginación?

–Ésa te acompañará siempre. ¡Serás invencible!

–Me ablandas el yelmo.

–Eso pretendo. Yo también lo necesito. Mi fama de hipnotizador, de espiritista y fantasmero resiente mi paso por las cátedras de la medicina positiva, pero si Anllóns es

un caso de espíritus viajeros, de fantasmas y ectoplasmas, los dejábamos a todos con un palmo de narices. Podría ser la prueba del nueve tan perseguida desde Allan Kardec a Lombroso. ¡Y en Galicia! ¡Galicia, Ramón, Galicia! ¿Te das cuenta de qué tierra han elegido para manifestarse?

–Quizás es Galicia quien los elige a ellos.

–Mucho mejor.

–Vamos a hacer una cosa –Valle cambia el tono de su voz y habla serio y más pausado, como si ya estuviese al otro lado de la trinchera desde la que antes rechaza las tentadoras andanadas–. Ahora me dejas tranquilo toda la tarde para que atienda mi cita. Charlo con ella, la tanteo...

–¡No le digas nada!

–... por supuesto. La tanteo con la discreción de un confesor de monjas de clausura, y esta noche quedamos a cenar en El Mañoso de la Algalia. Entonces sabré qué responderte.

–Me parece una sabia decisión. En la Algalia estaré desde hora temprana a la espera de tu respuesta.

* * *

Sobre los pasos de Acevedo a través del Tránsito de los Gramáticos avanza ahora la frágil figura de Petra Simona Carabantes-Blasco de Hüe, a quien acompaña su aya Presentación, una cotorróna gruesa y embozada en negros que es fiel contrapunto a la juventud de la niña, a su atractivo y a su adorado vestir, pues nada hay en Presentación que llame a ser admirado, aunque dicen que en su juventud los solteros de Zahara beben por ella los vientos y devoran los sembrados. Mas nadie empina lo suficiente, pues soltera permanece al servicio de los Hüe, y va para el medio siglo de esto.

–Separémonos –le ordena Ramón a Acevedo–. Debo entrar en la capilla antes de que llame la atención de su carcelera, esa mujer de ojos abesugados. Sospecho que me lanza babas de meiga chuchona cuando la llevo detrás, en los paseos vespertinos, y si sabe que estoy en la iglesia, me hace rodajas como a los atunes de su pueblo, ¡como a los arroaces de Pontevedra en las corridas acuáticas!

Acevedo avanza y supera Mazarelos hasta lo alto de la plaza. Cuando cree estar lo suficientemente distanciado, se vuelve y observa que Valle se ha sumergido ya en el interior de la iglesia para tomar asiento al lado de la urna sepulcral del arzobispo leonés Francisco Blanco Salcedo, que es donde procede al cortejo. Petra Simona habla con Presentación a pie de escalinata. Sin miedo a error puede decirse que la sobrina del prelado es de lejos la mujer más elegante de Santiago, la más atildada y la mejor compuesta, sin que exista otra que pueda hacerle la competencia, ni en donosura, ni en la suerte de elementos que la jovencita ha logrado reunir sobre su figura, desde el casquete de paja de hechuras italianas rodeado con cintas verdigualdas, a los zapatos de tafilete negro con picado María en las punteras, en la lengüeta y el talón, y el cuero anacarado en el resto, que darán mucho que hablar, tanto en el obispado y en San Martiño Pinario, como en las galerías acristaladas del Toral, donde balconean las más grandes cotillas guacamayas de la ciudad, que son capaces de chismorrear lo anterior, espiar lo siguiente, engullir lenguas de gato con chocolate y hacer punto de *crochet* a un mismo tiempo; lo que demuestra la falsedad del dicho, comer sopas y sorber, no puede ser, porque sí es.

Hombres y mujeres coinciden en fijarse si la muchacha lleva encajes de Brujas o sedas brocadas, si la toquilla destaca por su tornasol aurora y verde, si el escote es cuadrado,

la cola redondeada o las mangas de terciopelo *miroir*. A ese interés les conduce el grisáceo ambiente de la ciudad, pues salvo Valle, que lo abanica cuanto puede con motivos para el escándalo, y el propio Acevedo, que al decir de Compostela reparte consignas masonas, se pasea desnudo tardes enteras en su pensión y persigue muertos con el bastón augural del zahorí; el resto permanece en sus casas para recalentar el potaje del mediodía. Ése es el gran ejercicio culinario que engarza las rúas, la catedral y el Preguntoiro en una nube de permanente olor a cachelos, grelos y cachucha cocida. Y si alguien entra en casa de doña Aurita, la dueña del principal balcón de cotillas en el Toral, que no le extrañe el tufo dominante a álcali volátil, con el que combate síncope, mezclado con el limón del abrotano macho que compra a Fermín Bescansa, pues dice que le aferra el pelo al cuero cabelludo antes de que le caiga a presadas, como le ocurrió a Serafina Tomeza, que tuvo que encargar una peluca a Madrid de prisa y corriendo, porque se acuesta con trenza de ochos, le da un paralís y se levanta calva de solemnidad. En fin, si se permite una vulgar exageración.

Petra Simona se pierde por la nave central del templo y su aya da media vuelta hacia el Toral y la Alameda. Precisamente Presentación ha quedado en pasar por casa de doña Aurita a recoger unas magdalenas para la niña, tal como le promete a su tío, el obispo tudense. ¡Qué condenadamente ricos están los bizcochos de doña Aurita y qué fantástico burlador compondría Valle si no le diese por escribir con cálamos abigarrados!

* * *

Lo que realmente sucede tiempo atrás en Portomeiro sólo lo sabe Sabina y el toleirán de su hijo, Manuel. Por el con-

trario, Cesáreo, el padre, que lo es de oídas, y el clérigo de la parroquia, don Saturio, Saturnino o Saturno, según le venga a la memoria de Acevedo, viven en la inopia durante el alboroto. Tanto es así que el clérigo bendice cada pared de la casa con gruesos hisopazos a un lado y a otro, cuando duerme con la familia una noche de otoño a fin de comprobar hasta qué extremo restallan los coletazos de Satanás, si se le ven los cuernos o si gasta rabo rojo. Uno de los vecinos de Portomeiro se ofrece para hacer la guardia nocturna con la familia y luego le va con el cuento a Acevedo en Compostela, porque en esa época el de Pontecesures ya es el paño de lágrimas al que acudir si de espíritus o fantasmas se trata, siempre que no sea ninguna de las tres personas del Espíritu Santo, que entonces no se llama a la puerta adecuada.

Los hechos de Portomeiro arrancan el Domingo de Ramos de hace tres años, y aunque lo más notable es ver cómo arden las camisas blancas y cómo a veces salen en vuelo de los cajones y se incendian alcanzadas por un rayo de Júpiter, también es muy sobresaliente comprobar que en las cabezas de los allí reunidos se acumula una tierra húmeda y pegajosa, a semejanza del *kemet* egipcio, sin que al repasar el techo con la mano se tropiece con ningún cenagal del que se desprenda aquella excrecencia de limo, que parece fértil para una siembra de arroz, pero que sobre las pelambreras de los curiosos despliega un hedor fétido e insalubre.

Fuego y limo, elementos del fin del mundo.

Al cura le cae encima un puñado de esa tierra negra nada más traspasar el umbral y a punto está de salir con los pies en polvorosa. Pero sabe que, si lo hace, jamás podrá dirigirse a sus feligreses y ser creído, de modo que se come los arredros y avanza hacia donde le espera el matri-

monio, de cuclillas, en el centro de la cocina. Los tres oyen golpes demoledores en los tabiques de madera y caen al suelo unas piedras que ni los ocupantes, ni el recién llegado saben de dónde salen, salvo que sean el anuncio lítico del Armagedón y se desmorone la cúpula celeste a base de guijarros desprendidos.

—¡Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar y su Santo Reino! ¡Ayúdanos, Señor, a que la bestia se apacigüe!

Eso dice cuando echa mano al hisopo para los aspergis, y la respuesta es una piedra de regular tamaño que le alcanza la espalda, aunque, todo hay que decirlo, sin demasiada fuerza. Cuando cae al suelo, el capellán se queda inmóvil. La mira pasmado y el guijarro se retira, arrastrándose hasta desaparecer en la oscuridad de un rincón sobre el que reposa la silla con el agua de ayer, pues hoy ni han salido a por ella, de tanta barahúnda como la que se ha dado cita en Portomeiro.

Aquel prodigio le infunde ánimos, y lejos de rendirse a la piedra andarina, es cuando el sacerdote hisopa a diestro y siniestro. Terminado el riego, sale enfurecido del caserón y se encierra en la iglesia, donde permanece día y medio entre ensalmos y letanías. Jamás dijo que Cesáreo Barco y Sofía Sabina estuviesen bebidos cuando cuentan a sus vecinos los padecimientos de su casa en Portomeiro de Val de Dubra.

¡Lo que hubiese dado Acevedo por acercarse y cuánto habría metido el corvejón en caso de hacerlo! Todo aquello no fue más que una representación del joven Manuel, el hijo del matrimonio, que inventa los fantasmas, los fuegos y los pedruscos vivientes para darse notoriedad. Eso dicen después en Portomeiro por no señalarlo con el dedo como un auténtico alienado torpón y descerebrado, pues de ser un infeliz don nadie, quiere convertirse en el due-

ño de la casa de los fantasmas y que lo vengan a ver sufragistas inglesas montadas en corceles negros de larga cola para decirles: «Yes, han llegado a la Phantom House». Manuel resulta ser todo un pionero en la afición por viajar.

A su madre la mete en el ajo y la mujer colabora, pero a su padre no, porque le habría roto el costillar con un funqueiro a la primera insinuación del fraude. Pobre chaval. Inventor de fantasmas, vendedor de humo. El recuerdo del fanfarrón Manolito le atormenta y Acevedo intenta convencerse de que Anllóns no puede ser fruto de otro vivales sin luces. No puede ser porque lo dice Federico Mario Pandolfini, Palito Panzudo, su compañero en cientos de noches dedicadas a perseguir difuntos, preferentemente asiáticos por su condición de exóticos; en especial malayos senoi, por su dominio sobre los sueños.

* * *

El presidente de la tuna, el hombre que devuelve la obligación de usar el terciopelo en los ropajes de la agrupación compostelana, tal como era tradición en el xvii, entra a hora temprana en casa de El Mañoso, en Calderería. De hecho, sólo se encuentran allí su dueño, José Rivas, y su madre, doña Sinda, que cocina con fórmulas medidas y sin variaciones, de tal forma que es imposible confundir un huevo frito con puntillas de doña Sinda con otro que lo vierta en la sartén la Xurela, que es quien los hace en el Santa Comba. Como es jueves, hay callos espesos, que pueden estar precedidos de un caldo de gallina con su hijo, o sea, como saben todos los clientes habituales, caldo con carne del ave y un huevo, en este caso, cocido.

A Rivas le pide sólo un vasete de vino sin bautizar porque espera compañía. El tabernero se lo sirve tan seco y silen-

cioso como siempre, aunque ahora sí que se han abierto las espitas de las nubes y el agua cae en touporroutou sobre las contraventanas de El Mañoso. Más que lluvia, el creyente dirá que son los tambores del Jueves Santo que avisan del avance de los capirotos, y al que no lo sea, le hará revivir el sonido de los granos del maíz al caer sobre el ferrado.

En simpatía, al Rivas le ganan tanto Bernardo Va-leiras, que despacha en la plazuela del Instituto, como quien ahora se hace cargo de La Casa de Melchor, el veterano cantinero Antonio Raposo, llamado Misquereres, por lo mucho que atusa y lisonjea a su clientela, aunque hay quien dice que no sonrío de ser simpático o adulador, sino que le queda el gesto dibujado en la boca de un aire que le da, un aire de enmeigado, que, con los de difunto y de gato, son los más pegadizos y los más peligrosos, pues, aunque no maten, te pueden dejar cara de tonto o una risa permanente, como a Misquereres. A él le vino porque asiste a un exorcismo cuando se le arranca el aire a un vecino. Y claro, si no mantienes una entereza de ánimo muy consistente, el aire que se escapa de uno se mete en el otro por cualquier agujero, y ya no digamos si eres un *corpo aberto*.

Si la ocasión cae en jueves o domingo, cual es el caso, el error de no tomar los callos del Mañoso es imperdonable, y como prueba está que pronto se llena el tugurio de ávidos comensales.

Apenas dos sorbos y es Ramón quien aparece por la puerta.

–No te esperaba tan pronto.

–¡Ah! ¿No? ¿Y entonces por qué viniste tan pronto tú? –replica el escritor con la rapidez y el acierto acostumbrados.

–Tienes razón. Casi siempre la tienes.